

tu pecho se una á mi aliento como el aroma del jazmin se une al olor de la amarga retama en las selvas.

LA JÓVEN (*acercándose á Oriel*).

¿Quién eres tú, que así vienes á mi encuentro cuando perdía toda mi esperanza? ¿Eres algún dios que las nubes han dejado en la tierra para mi amparo y mi defensa? ¿Te ha formado acaso algún rayo de la luna con los vapores de los arroyos y los aromas de los bosques? ¿Eres tú uno de esos genios que escondidos cantan en las ramas de los pinos, ó que se deslizan entre las ondas y las blancas espumas de los impetuosos torrentes? Tu voz me parece tan dulce como el áura que se duerme en el lago y lo riza con sus besos perfumados por la madre-selva. Sí, amápame, amápame; que me he perdido en las selvas.

ORIEL.

¡Infeliz de mí! No sabes con quién hablas, no lo sabes. Más te valiera hablar con el reptil que se arrastra en el polvo ó con el buho que se esconde en las sombras. Al ménos esos séres tienen por suyo el espacio, y pueden vivir en el

agujero de una roca ó debajo de una piedra, y pueden sentir algún amor, y pueden reproducirse y renovarse en sus hijos. Yo, no. A mí todos me escupen á la cara, todos me hieren las espaldas, todos me cruzan con sus látigos el cuerpo, todos me miran con desprecio, todos me consideran á padecer nacido por los decretos del implacable hado. Mira; las lágrimas se han secado en mis ojos, la vida en mi corazón. La cadena se ha pegado á mis carnes, y me parece un pedazo de mi propio cuerpo y una parte de mi sér. No, no te acerques á mí, porque yo soy desgraciado. No me hables, no, porque yo soy esclavo. El esclavo no puede amar, el esclavo no puede ni siquiera moverse como se mueve ese torrente.

LA JÓVEN.

¿Y por qué no? ¿No es por ventura inmensa la tierra? Los torrentes nos guardan agua; las palmeras dejan caer á nuestros piés su fruto maduro; las hojas secas que el viento arremolina son un blando lecho; los juncos y cañas sirven para una choza que bien pronto cubren de verdor la yedra y las enredaderas, y de vida y de arrullos las palomas que en sus techos fabrican amorosos nidos; las flores del campo con sus matices

nos ofrecen adornos; y de las fibras de las plantas se hilan y tegan vestiduras para cubrir nuestra desnudez : que los genios maravillosos ocultos en cada sér de la naturaleza velan por nuestra existencia, y bajo sus alas invisibles guardan nuestros sencillos corazones. Yo no sé qué quiere decir esa palabra «esclavo.» Yo he nacido en las selvas. Unos pocos juncos arrancados á la orilla del rio han sido mi cuna, la fruta que mi madre traía del bosque mi alimento, los hilos que las plantas despiden mi vestidura, la miel que corre por los troncos de los árboles depositada por las abejas mi regalo, la yedra que se ciñe al cedro mi corona, y mi vivienda la cima de las montañas calcinadas por el rayo, ó la sombra de los pinos que vibran armoniosos como si el viento eternamente se columpiara en sus ramas. Esta vida es mi vida. Jamás me atemorizó naturaleza, jamás. Es mi madre, y me duermo tranquila en su regazo, como el niño en su cuna. No de otra suerte el avecilla que nace en su nido, formado de pajas y hojas secas, vive del grano de trigo que recibe de sus padres, aprende á piar, se levanta á las alturas, y henchida de amor deja en el aire que corta con sus alas un gorgojo, teniendo por suyos los vagos y ethéreos horizontes.

ORIEL.

Esa vida no puede ser mi vida. Yo no me pertenezco á mi propio. Los poderosos de la tierra han creído que es suya mi vida, suya mi libertad, suya mi conciencia, y me han arrebatado mi sér, que está entre sus garras. No he podido esperar, no he podido creer, no he podido, sobre todo, amar. Alguna vez ha cruzado por los horizontes de mi vida una esperanza, alguna vez he visto mujeres tan hermosas como tú ; pero al querer adororlas, al querer decirlas que tambien yo amo como la flor, como el ave, como esas nubes que en lágrimas se deshacen sobre la tierra, se han ahuyentado como se ahuyentan las vanas sombras que los rayos de la luna forman entre las ramas de las selvas. Y desde entónces sólo he sabido llorar, sólo he sabido quejarme. Nunca, nunca se ha levantado en mi seno un deseo tan poderoso de cambiar mi vida, que me haya llevado á combatir con ánimo resuelto y fuerte á mis señores. Pero tú, mujer, si no eres alguna ilusion que mis ojos secos por la calentura del dolor proyectan en los espacios, tú me has recordado la vida de la naturaleza, la continua comunicacion con los campos, y el cántico de triunfo que todos los séres

dueños de sí mismos exhalan á los espléndidos cielos por donde me parece que apoyado en tí volaría ¡oh mujer! mi corazón... ¿Cómo te llamas?

LA JÓVEN.

Mis desgraciados padres, que el hierro de los conquistadores arrebató á la vida enviándoles á dormir en el seno de los genios de la luz, me llamaron Iria.

ORIEL.

¡Iria, Iria, sér feliz, consueta á un desgraciado; prométele derramar una lágrima sobre las heridas de su corazón! Alguna vez, si has atravesado el desierto, habrás visto una de esas amarillas flores que nacen tristes entre sus salvajes y oscuras plantas. Su corola se eleva al cielo como en demanda de un beso del aire, de una gota de rocío, de un suspiro, y muere deshecha, abrasada por los ardores del sol y las calientes arenas que el viento arroja sobre sus hojas. Esa es mi vida. Pero si alguna vez el sol arranca á las áridas entrañas del desierto unas gotas de agua, y la nube que rápida pasa en alas del huracán las deposita sobre la corola de la amarilla flor, levanta

sus hojas, sacude su cáliz y temple con amor la ardiente sed de la avecilla errante, que le devuelve su regalo cortándola con su pico y conduciéndola á su nido para que sea testigo de su agradecimiento y abrigo de sus hijuelos. Tal puede ser para mí tu existencia, genio de amor y de consuelo, único sér que se ha detenido un instante á mi lado en este largo y penoso martirio de mi vida.

IRIA.

Como el anciano há menester del báculo para apoyarse, como el niño del cuidado de su madre para vivir, necesitamos las débiles mujeres el apoyo del hombre, cuyo corazón es siempre nuestra cuna. Yo te seguiré donde me llesves; besaré tus huellas; y compartir tus dolores será mi alegría. Nosotros vivíamos contentos en nuestras montañas. No conocíamos más mundo que la tierra extendida entre esos riscos donde el sol nace y aquel río donde el sol se pone. Oír las avecillas, recoger nuestra pobre cosecha, guiar el ganado á través de los valles, dar de comer á las palomas los dorados granos de trigo en el hueco de la mano, seguir con anhelante mirada el curso de la luna, era toda la ocupacion de mi vida, que man-

samente corria como el tranquilo arroyuelo. Pero súbito vino la guerra desoladora, y sus tempestades quemaron mi frente. Dos poderosos enemigos entrechocaron en mis campos y se esparcieron, como la nube devastadora que arroja rayos y granizo, por nuestras antes tranquilas cabañas. Perdí á mis padres sacrificados á la voracidad de los bárbaros. Perdí á mis hermanos inmolados tambien. Pude salvarme apelando á la fuga por los montes, sin más auxilio que el auxilio del genio poderoso cuya es la vida de la naturaleza. En este gran dolor te encuentro, y te sigo. La pobre golondrina errante, perdida en el bosque, cuando el estío á más andar avanza con sus crueles ardores, aguarda piando á que pase una bandadá de compañeras tuyas, y al verlas venir las sigue, y se entrega á los vientos, que la llevan donde pueda hacer nuevos nidos y entregarse á ese amor que ha producido todas las cosas y es el secreto y el misterio de la vida universal. Yo soy tuya, yo te sigo. Llévame donde quieras. No me abandones, no, á la soledad de mi corazon y de mi tristeza.

ORIEL.

¡Seguirme, Iria, seguirme! ¡Ay! Me parece im-

posible. Yo no te puedo llevar por la cima de las montañas, por las orillas de los torrentes, por el verde prado, donde á un tiempo escuches los últimos zumbidos de los insectos que se apagan con el día y los primeros conciertos de los ruiseñores que comienzan con la tranquila noche. Yo sólo puedo llevarte á un calabozo, á dormir sobre pajas, á respirar el aire fétido de las tumbas, á arrastrar por el suelo una cadena, á ser, no mia, no, de mi bárbaro señor.

IRIA.

No importa. Yo te seguiré donde quiera que vayas. No necesito oír el torrente, si oigo tu voz. La honda cárcel me semejará una montaña dorada por el sol. Tu aliento arrullará mi frente más que el áura de los bosques. La voz de tu pecho me parecerá más dulce que el gorgceo del ruiseñor en clara noche de estío. Tu amor, te lo juro por el alma de mi madre, que debe vagar en las ondulaciones del aire, y que acaso sea el soplo que mece mi cabello, tu amor convertirá el más estrecho recinto en un mundo más dilatado que toda la naturaleza. Hermano mio, te amo.

ORIEL.

¿Te amo, me dices? ¡Ay! Yo nunca, nunca, habia oido esa dulcísima y santa palabra. Jamás habia soñado que pudiera un corazón latir al par de mi corazón, y lágrimas ajenas mezclarse y confundirse con mis encendidas lágrimas. Yo me creia destinado á caminar sólo por la tierra, enteramente sólo, como una sombra evocada del sepulcro. Tu palabra me eleva sobre mí mismo. Me parece que desde el punto en que has dicho «te amo» ha caido de mis hombros la pesada cadena que sobrellevaba. Repite, repite esa palabra nunca antes oida. Dí que me amas, y una alegría indecible, infinita, llenará de vida todo mi corazón.

IRIA.

Te amo, te amo.

ORIEL (*estrechándola contra su corazón*).

Me amas, y ya no pasaré mi vida en la soledad; me amas, y sentiré un corazón latir siempre á mi lado; me amas, y veré en tus ojos mi luz y mi esperanza; me amas, y desearé vivir para amarte más; me amas, y trabajaré para darte al-

gun consuelo; me amas, y mi alma, cansada de luchar en mi cuerpo y estrellarse en los huesos de mi cabeza, reposará en tu seno; me amas, y podré verme agrandado, reproducido en mis hijos... (*Calla un momento, y despues lanzando un agudo y lastimero quejido dice:*) Pero mis hijos serán esclavos. ¡Ay! Apártate, mujer. Podemos crear nuestra felicidad, pero al propio tiempo la desgracia de séres inocentes, que antes que nacer para la esclavitud, deben dormir en el no sér.

IRIA (*de rodillas, tendiendo los brazos á Oriel, é iluminada por la luna*).

No me abandones. Sálvame. El dios que se oculta en la flor y la gota de rocío, cuidará de nosotros. ¿Querrás que muera esta débil mujer? Tengo miedo. La soledad, que antes de conocerte me parecia grata, ahora me aterra. No cierres tu corazón al amor. La paloma no deja de fabricar su nido porque más tarde sus polluelos sean presa de la fascinadora serpiente. ¿Quién sabe, pues, dónde estará nuestra salvacion? Ven, une tus labios con mis labios, y este primer beso de amor subirá como un holocausto purísimo á nuestros dioses, que se esconden sin duda en los rayos de

la luna, dulces testigos de nuestros cándidos amores.

ORIEL.

Si, te amo, te amo. Ven, reclínate en mis brazos. Bendito sea el rayo de luna que te alumbra, bendito el aire que respiras, bendito este pino que cobija nuestros dulcísimos amores.

IRIA.

Uniré mi suerte á tu suerte, mi vida á tu vida como la yedra vive pegada al tronco del árbol. La flor se marchita pronto si es arrancada de su tallo. Así hubiera perecido yo sin tí, que eres mi único amparo, mi único salvador en la tierra. Llévame donde quieras. En las profundas cavernas que el fuego ha abierto en las entrañas de las rocas viviré feliz. Tus ojos serán mi luz, y tu aliento perfumará mi existencia más que el áura regalada de la primavera.

ORIEL.

Apóyate, y vamos á través de los bosques, subiendo las montañas, bajando á los profundísimos valles, en busca de un príncipe extraviado en los combates.

IRIA.

Donde me lleves iré, bendiciendo al génio de mis padres, que nos protegerá en nuestro camino. (*Se oye rumor de gente y pisadas de caballos*).

UNA VOZ.

Aquí tendremos asilo.

OTRA VOZ.

¿Se habrá perdido para siempre el imperio de los persas? ¿Habrá triunfado Ahriman?

ORIEL.

He oido la voz de mi príncipe. Déjame acercarme. Señor, soy un esclavo de tu hermano Kekobad. Tu padre ha muerto en el campo de batalla. Orzmud, tu dios, se lo ha llevado para ornar su palacio, más luminoso, segun vuestras creencias, que al medio día el sol. El imperio de los persas no ha muerto. Segun la voluntad de tu padre, expresada delante de sus sátrapas, la mitad del imperio es de Kekobad, la otra mitad es tuya. Sígueme, pues, á la tienda de tu hermano, donde te espera el dominio de Bactriana y de los países de Oriente, príncipe feliz que vas á llevar el sol engarzado en tu espléndida tiara.

TANYOJARCES.

Tus palabras han puesto terrible espanto en mi pecho. La muerte de mi padre en la tremenda batalla es un mal augurio para este inmenso imperio. Vamos á recoger esa corona que las negras alas de una inmensa tempestad han arrojado á mis plantas. Señálame, esclavo, el camino de la tienda, y no me acompañes, porque tu compañía puede ser otro mal agüero para mí y para mis reinos. Un esclavo todo lo oscurece con su sombra.

KEKOBAD (tendido en su carro sobre un cojín de púrpura, con la tiara persa á un lado. El ejército duerme).

Estás cerca de mí, corona de mi padre, tan grande como la tierra y tan luminosa como los astros. Deja que te abrace, que te estreche contra mi corazón. En la tempestad de mis deseos te pierdes, corona, como una piedrecilla entre el tumulto de las olas y las sinuosidades del Océano. Y en cada una de tus puntas hay engarzada una gran nación, la inmensa Babilonia, los negros reinos del Ocaso, los áureos países del Oriente. El escita, cuando te ha querido mirar de cerca,

ha huido ciego á sus desiertos y á sus espesos bosques. Desde lo alto de mi frente verás arrastrarse á tus piés como tímida gacela del desierto la India; ofrecerte sus amores y sus caricias la Lidia, levantándose de su lecho de arenas y de sus almohadas de mármol, coronada de torres, para consagrarte un sacrificio; tender sus lonas con amor los pueblos que bañan sus plantas en las aguas del mar, y regalarte los aromas de todos los campos que besan con sus barcas; arrojarte esfinges y dioses Menfis, incienso é hisopo el arábigo desierto; Jerusalem, la ciudad de los misterios y de los secretos, iluminarte con sus lámparas; y hasta las islas de Grecia, tan alejadas de tu brillo, volar en torno de tus resplandores como una bandada de palomas. ¿Quién más grande que yo, quién más poderoso? La tierra es mi lecho, el cielo mi palacio, las estrellas mis lámparas, el sol mi corona, y los dos mares las esmeraldas que he engarzado en mis sandalias. Pero todo lo que soy, corona, lo soy por tí, por tu brillo. Tú eres toda mi vida, toda mi alma. ¡Ah! ¿Y no habia pensado que te quieren quebrar y quieren arrancar la mitad de mi frente para dársela á mi hermano? Destrozad la corona de Persia, repartid sus diamantes, rasgar en dos pedazos mi manto de púrpura,

quebrar como frágil caña mi invencible lanza, dividir mis ejércitos como hatos de ganado, decir á los dioses que hay dos señores en la tierra, y á la naturaleza que tiene que alimentar á otro que no sea yo, ¡ah! todo es horrible, y no lo consentirá nunca mi incontrastable poder, mi voluntad, que siente la fuerza de un dios en su seno. Pero alégrate, corona mia, alégrate. No serás dividida. He contado mi ejércitos, y no he visto á mi hermano. Habrá muerto, como mi padre. Habrá muerto, como hubiera muerto yo sin el auxilio de mi esclavo. Corona, corona, eres mia. No habrá en la tierra más que una sola palabra, un solo señor. La naturaleza entera sabe que todos sus frutos son míos. La tierra es una copa en que yo sácio la sed inextinguible de mi ambicion. No serás, no, corona, dividida. Orzmud, que sólo quiere una imágen suya en la tierra, habrá arrojado á la voracidad de Ahriman la presa de un príncipe, para tegerme á mí un manto de luz, una corona de estrellas. Cuando el esclavo no vuelve, no habrá encontrado ni siquiera su cadáver. Oigo ruido... Son pisadas de caballos... ¿Qué escucho?... La voz de mi hermano. ¡Maldicion! Corona, corona mia, no te separarás de mi frente... ¡Oh! ¡Súbita idea! ¡Guardas, guardas de mi tienda, el

enemigo, el enemigo!... Corred; por allí suenan sus armas. Asestad las flechas... Sí; ahora caerá. Ya se oyen lamentos. En esta oscuridad gano mi corona. (*Un rayo de luna atraviesa las nubes é ilumina el campo.*) ¡Oh reina de la noche, me has vendido! Te has entregado á mis contrarios. Yo levantaré un monte de cadáveres para subir hasta tí y ahogarte en sangre. No te desposarás, reina de la noche, con el rey de Persia. ¿Lo oyes? Somos enemigos, enemigos. ¡Oh! Corona, corona, vas á caer de mis sienes, ó vas á ser toda mia.

LOS GUARDIAS.

Señor: era tu hermano, y hemos muerto á más de uno de sus sold...

KEKOBAD.

¿A él, á él tambien?

LOS GUARDIAS.

No; vive, vive.

TANYOJARCES (*abrazando á su hermano*).

Kekobad, hermano nio, hermano mio, hasta al llegar á tí me recibe la muerte y me arrebató á mis compañeros, á mis amigos. Fatales presagios

son estos, que anuncian irreparables desgracias para nuestra heroica raza, para nuestro inmenso imperio. Murió aquel que con su poder llenaba toda la tierra y con el resplandor de su nombre oscurecia hasta las estrellas del cielo; murió nuestro padre. La tierra, al recibir tan gran cadáver en sus entrañas, habrá temblado, porque es harto mezquina para encerrar á ese gigante. ¿Y cómo llevaremos nosotros, tan débiles, su inmenso imperio? Si sus anchas espaldas se encorvaban al peso de su manto, si su gigante cabeza se doblaba con la gravedad de su corona como el cedro ceñido por las ráfagas de la tempestad, si no podía contar sus reinos y sus gentes, ¿cómo nosotros, débiles hijos suyos, vamos á sostener este imperio?

KEKOBAD.

No te fatigues por eso; nosotros somos de la misma naturaleza que nuestro padre. Vé, vé á descansar un momento.

TANYOJARCES.

Harto lo necesito.

LOS GUARDIAS.

Salud al rey de Bactriana.

KEKOBAD.

Retiraos, guardas. (*Se retiran.*) ¡Rey de Bactriana! No, no lo será mientras yo viva. O el reino entero, ó el sepulcro. Al ménos en el sepulcro dormiré en paz, sin necesidad de sentir esta ambicion que me roe, que me cancera las entrañas. Yo, rey solo, rey con todas mis fuerzas, montaré mi arco, azotaré mis caballos, y rápido como el viento que corre por el desierto, me lanzaré al Egipto; y de sus pirámides, de sus estatuas, de sus esfinges y unicornios, de sus vasos sagrados, de los muros de sus ciudades me construiré un trono bastante á llegar hasta las estrellas, que vendrán á engarzarse por la virtud de mi nombre y de mi fuerza en mi diadema. Pero á todo se opone ese mancebo que me roba la mitad de mi reino, la mitad de mi alma. Muera, muera en buen hora. Hagamos ese sacrificio á los manes de mi padre y á la salud de mi reino. Cielo, inspírame una idea para acabar con ese inocente enemigo de mi poder, con esa sombra que empaña mi corona. El cielo se oscurece más, las

nubes se arremolinan como ejércitos de fantasmas; de sus inmensos senos, semejantes á las bocas de innumerables volcanes, surgen lividos relámpagos; algunas gotas de lluvia negruzcas y calientes caen sobre mi rostro y lo abrasan; la inmensidad pesa sobre mi cabeza y aplasta mi corazon; y no parece sino que el aire, habiendo bebido sólo sangre en los campos de batalla, vuelve á llover sangre sobre la sedienta y abrasada tierra. Del seno de una nube negra, inmensa, más grande que mi reino, amenazadora como la espada del génio de las tinieblas, veo salir el rostro de mi padre, que me mira ceñudo y me lanza de sus lábios una horrible maldicion.... ¡Ah! Estoy demente.... ¿Tambien yo tengo remordimientos, como si fuera uno de los míseros mortales? Ja.... ja.... ja.... Responda mi epiléptica despreciativa risa á esas visiones. ¿Pues qué, no soy yo dueño de Oriente? Y el dueño de Oriente ¿no puede disponer á su antojo de reinos, de provincias y hasta de la vida de los hombres? Yo soy seguramente un dios. La espada de Ormuzd está en mis manos, la corona del sol en mi frente. La vida del mundo es mia, y yo la puedo exprimir toda en mi copa, y dejar que se mueran de hambre todos mis vasallos. Al fin, sobre cuerpos mutilados, sobre

cráneos, sobre cadáveres, sobre pueblos convertidos en inmenso pudridero han de correr las ruedas de mi carro, que se teñirá de sangre hasta los ejes. Una gota más no importa nada. Matémosle. Pero yo no debo manchar mis manos. Entregaré tal ministerio á mi esclavo predilecto, que debe haber llegado al campamento. Él me devolvió la vida, y él puede tambien devolverme el reino. Si cuando estaba en medio de los bárbaros no hubiera venido en mi socorro, mi cabeza rodaria ahora en los campos de los escitas. Me dió la vida, y ahora me dará el reino. Todo lo fio á su puñal. Guardas, traedme una copa de vino, y buscad al esclavo que ayer me socorrió, y que debe haber vuelto al campo esta misma noche. (*Los guardas traen la copa de vino.*) Ven, licor sagrado, tú que eres el calor y la vida de la naturaleza, derrama en mi cuerpo la fiebre del crimen, que es la explosion más alta y más brillante de la vida.

ORIEL.

Señor: sé que me has mandado llamar, y vengo á tu presencia, confundido, ofuscado como la débil mirada humana cuando intenta recoger la esplendorosa luz del sol. Ya sabes que en tu

aliento respiro y que de tu vida vivo. Ya sabes que nosotros, los miseros esclavos, somos ménos que el pobre insecto perdido en el polvo de la tierra. Ya sabes que á cada instante vemos la muerte cernerse sobre nuestras cabezas, porque el día que nos abandonases, pereceríamos. Rey de Persia, el misero esclavo no sabe qué decirte, y calla, como el ave oculta en las ramas del bosque calla profundamente cuando en los cielos habla la magestuosa tempestad. Soy tu esclavo, eres mi señor; ya he dicho toda mi humildad y toda tu grandeza.

KEKOBAD.

Eres mi esclavo. Tu vida es mía. Si alguna vez has fijado los ojos en los muros de mis templos y de mis palacios, habrás visto que doquier ha llegado el persa, ha escrito en símbolos, en figuras el derecho que sus reyes tienen á la vida de sus cautivos, hijos de Ahriman, miserables engendros de la noche. El mundo está dividido en dos grandes fuerzas, una que pinta de púrpura la flor, y otra que pinta de negra sombra las alas del cuervo; una que dora las estrellas, y otra que extiende el manto de la noche; una que deja correr la miel por la corteza de los árboles, y

otra que en los filamentos de muchas plantas esconde el amargo veneno; una que sonríe, que alegra, que vivifica, y otra que llora, que ennegrece, que mata. Pues bien, vosotros sois hijos de la fuerza que corrompe, de la fuerza que envenena, de la fuerza que mata; y sólo yo, sí, yo, que he recibido del cielo una virtud sublime, que tengo en mis ojos los resplandores de Ormuz, puedo gloriarme de someter á tantos esclavos, soldados de las tinieblas, hijos del mal, que pululan por mis montes guardando el ganado, por mis valles fecundando la tierra, por las cuevas de mis palacios tegiendo mis mantos, por mis tesoros guardando mis riquezas, por todos mis dominios, siendo como las piedras donde los persas ponen sus plantas, como la base de los edificios escondida en la soledad y en la oscuridad de las profundas entrañas de la tierra. Sin embargo, no puedo olvidar que en el instante supremo, cuando el cuerpo de mi padre palpitaba aún á mis piés, cuando su lívida cabeza era abofeteada por los bárbaros, cuando la aguda lanza de Thomiris se acercaba á mis ojos como el venenoso aguijón de una serpiente, cuando los aullidos, las maldiciones, las miradas de ódio y de horror, las gotas de sangre que manchaban mi rostro, me pro-